

que tocan los grandes problemas del universo. Apenas me ha expuesto los hechos Iluska y me ha dicho que tú habías dejado el regimiento para venir a casa a arreglar esta cuestión, le he respondido: ¡Es un veterinario! Nos pondremos en seguida de acuerdo: un hombre que ha mirado a través del microscopio, no puede pensar como un hombre común, como una mujer vulgar. Tú tienes la misma mentalidad que la tía.

Acortaron el paso. La perra no se separaba de ellos. Al cruzar las calles, Sándor la cogía del collar.

El subteniente Bernardo Virgili era el ejemplar más hermoso del hibridismo científico-militar. Las grandes leyes, los problemas inmanentes, los misterios de la vida, los fenómenos eternos a que se había referido su hermano, el doctor Sándor, le habían formado una mentalidad tendenciosamente científica; y el contacto con los oficiales de caballería que consideraba ciegos a todas esas luces, le daba la convicción de una superioridad espiritual sobre todos. Pero los oficiales de caballería le trataban con cierto desdén, de mayor a menor: ¿qué era, en el fondo, junto a aquel brillante mundanismo, aquella elegancia deportiva y aquellos postulados éticos, un veterinario? Por otra parte él no se determinaba a encerrarse en un aislamiento científico, ni a expresar su recíproco desdén hacia la etiqueta, las formas y el protocolo tan querido de la caballería. Después de todo, y aunque bajo un aspecto especial, él era oficial de caballería también. Bernardo se agitaba en el drama de sentirse superior por el prestigio cultural que le infería su carrera, y por su prestigio moral de la misión zoofila, aliviadora del dolor, a él confiada, complicado con la amargura de no ver reconocida esa científica superioridad, puesto que él llevaba también espuelas en los talones y espada al costado.

La tragedia de su carrera se reflejaba igualmente en su revelador coloquio con Sándor: el subteniente

Bernardo tenía el deber de vengar por las armas el honor de su hermana; pero el zooatra Bernardo, que había estudiado en sus libros científicos los problemas del amor y las incontrastables fuerzas del instinto sexual, tenía que sonreír ante el convencionalismo del amor sexual, y dejarse de tales cuestiones, meros pasatiempos de *kermesse* de beneficencia.

El doctor Sándor lo había desarmado atacando al hombre de ciencia; y en nombre de las fuerzas de la naturaleza defendía a Iluska, pidiéndole a él y a los demás miembros de la furibunda familia una inmediata suspensión de hostilidades.

Bajo el albo traje de sanitario centelleaban las espuelas del oficial. Los argumentos expuestos por el hermano en defensa de Iluska le convencieron a medias: sentíase demasiado oficial para admitirlos y demasiado científico para rechazarlos.

Hubo un momento en que iba a ceder, pero la circunstancia de que entonces pasasen ante un pabellón de administración militar y que el centinela le rindiese armas, bastó para que se reintegrara a lo más recóndito de su conciencia y de su honor.

—¡Nuestra hermana está deshonrada!—exclamó.

—¡Palabras!—adujo Sándor, con una triste sonrisa de piedad.—Lo deshonroso no es amar, sino oponerse al amor; todo lo que al amor se sobrepone, lo mancha: obstaculizar al amor, constreñirlo, venderlo, legalizarlo son asimismo formas distintas de mancharlo; vosotros lo mancháis con vuestras amenazas, con vuestras denuncias al procurador del rey.

—Esto último me parece sobradamente honesto: ¿qué puede haber más legal que la denuncia de un acto penado por el código?

—Lo más estúpido y bestial que habéis hecho es precisamente esa denuncia. Llevar el amor de dos muchachos, arrastrado, a la mesa de un juez, entre un robo y un desacato por embriaguez. ¿No te ves ridículo?

—Tú vives muy fuera del mundo para comprender.

—Lo sé. La sociedad es como los malos olores: viviendo en medio de ellos, uno se habitúa porque los absorbe. Pero como en este ambiente no pienso estar más de dos días, quiero que liquidemos rápidamente este asunto de Iluska. ¿Cuándo vuelves al regimiento?

—El cuanto el amante de Iluska se decida a casarse.

—¿Y si no se casa?

—Se las entenderá con los tribunales.

Sándor le miró fijamente, compadeciéndole.

—Mi hotel es éste. Ya sabes dónde estoy. Y ese señor, ¿dónde vive?

El veterinario le dió las señas de Mauro.

Y se separaron.

*
* *

Vuelto a casa, el subteniente vió en la antecámara el gabán de su padre. Había vuelto. Y don Cecilio, preparado a toda prisa su equipaje, había partido.

—¿Por qué?

—Porque ha recibido este telegrama—gorjeó Donatella, temblorosa, alargándole un polígono amarillo; y suspiró:—¡Pobrecito!

—¿Por qué pobrecito?—chilló la tía.—Hereda de un golpe varios millones; éste—y señaló un nombre escrito en el telegrama—es el tío propietario de los limonares y de un ferrocarril; y este otro—y repitió el gesto—es el hijo único, que hubiera sido heredero universal. Ahora, con la muerte de los dos, padre e hijo, la herencia pasa a don Cecilio.

Donatella destiló veinticinco gotas de dolor.

—No llores, estúpida—le increpó la tía.—Son millones que se cuelan en tus bolsillos.

—¡Debe de haber sido una muerte atroz!—gimió Donatella.—¡Quemarse vivos los dos!

—¡Mal a medias, media desgracia!—comentó la tía, que siempre tenía a mano un proverbio.

Y, en precaución, hizo la señal de la cruz.

Donatella abrió el piano de media cola, y se puso a tocar un vals, de Waldteufel, naturalmente, simplificado para principiantes.

*
* *

—¿Y bien?—preguntó el actor, entrando en casa de Mauro.

—Me parece ser uno de esos gatos que, cuando se ensucian en la alfombra, acercan el hocico, diciendo: ¿lo hice ya? ¡Cásate! Mi vida estos días se ha transformado en un acto de ciertas preciosísimas comedias francesas, en las que la escena, dividida por la mitad, representa dos habitaciones de una casa equívoca: una infinidad de personajes indefinibles entran sin llamar, salen sin saludar, se equivocan de puerta, se encuentran, se abrazan llorando, vuelven con cualquier pretexto, se ven atacados de catalepsia, dan tarjetas de desafío, olvidan el paraguas, blanden la pipa como si fuera un revólver. Tú ahora te has sentado aquí, en mi casa, con una gran tranquilidad; pues no te asombres si de un momento a otro ves llegar, ¿qué se yo? una domadora de cocodrilos, el bey de Túnez con fez, un detectif americano disfrazado de anticuario, el jefe de una tribu de pielesrojas, un hombre desnudo escapado de un manicomio, o un comisario de policía que se te lleve detenido y maniatado.

—¿Es un pretexto para echarme?

Mauro señaló con el dedo hacia la antecámara, en donde había sonado una campanilla.

—Yo me voy.

—Tú te quedas.

Apenas abrieron, entró un hombre vestido de mujer; para que la ilusión fuese completa, llevaba

también un gran seno que giraba alrededor de su robusta persona, coronada por un historiadísimo sombrero de plumas amarillas.

—¡La tía!

Lucio, a la presentación aproximada, hizo una inclinación económica, y se fué al otro lado de la estancia, a jugar con un king, instrumento chino compuesto de varias piedras suspendidas de un telar de bambú.

—¿Se puede saber qué ha decidido?

—Nada, señora. ¿Y usted?

—Que se case.

—De eso se habla hace mucho rato.

—Pero usted no lo ha aprobado todavía.

—Ni lo aprobaré.

—¿Luego se niega?

—Yo no.

—¿Consiente?

—Sufro.

—Entonces, ¿cuándo viene a pedir la mano de mi sobrina?

—¿Pedir? No hay nada que pedir, puesto que se me impone, aunque la rechazo.

—Fije la fecha de la boda.

—Fijenla ustedes.

—La de conocer a los parientes.

—No tengo.

—Pero los tenemos nosotros.

—No basta.

—Habrá también que hablar de la dote.

—¿Dote? Yo no especulo.

—Mi hermano ha fijado, como dote, la cantidad de...

—Repito que no acepto ni un solo céntimo: pueden ustedes imponerme la mujer, pero no su dinero.

—¿Es usted lo bastante rico para mantenerla?

—Soy pobre y cargado de deudas.

—Entonces, ¿qué va a darle de comer?

—Desconozco sus gustos.

—Luego, hay que hablar también de la casa.

—Un asunto que no me entretiene.

—Pues ¿dónde va a dormir su esposa?

—No es cosa que me quite el sueño.

—Pero ¿de qué raza de maridos es usted?

—De la peor.

La tía resopló como una central eléctrica; se dejó caer en un diván, rebotó hasta el centro de la habitación, giró sobre sí misma gritando:

—¿Qué ruido es ese?

—Los inquilinos de al lado que dan golpes para que usted se calle.

Nuevos chillidos, más agudos: evoluciones desordenadas por la estancia, con golpes en el techo.

—Pero ¿qué golpes son esos?

—Los inquilinos de arriba, que demandan silencio.

Lucio intervino, quitándose prudentemente el monoculo:

—Señora...

—¡Después de lo que ha hecho!—vociferó la tía, señalando con el índice vengador a Mauro.—Con la culpa que tiene en su conciencia.

—¿Es una culpa poseer a una mujer?

—Después del matrimonio, no—sentenció, categórica, la tía;—pero antes del matrimonio, sí.

—Si la culpa consiste en el «antes»—subrayó Mauro—basta con no celebrar el matrimonio; así el «antes» deja de existir.

Lucio sonrió; la tía lo fulminó.

—¡Qué cinismo!—gritaba. Y cada vez que su mirada se posaba sobre Mauro, se horrorizaba como ante la vista de Jack, el destripador.

En un acceso de asma, el pecho descargaba toda su furia bajo la forma de injurias sintéticas.

—¡Yo reviento!

—Lo creo. Pero, ¿no podría usted irse a reventar a otra parte?—la invitó Mauro dulcemente.—Es más cómodo para todos.

Campanillazo. Un perro irrumpió en la estancia,